

# La autonomía de la economía y la primacía de la política

## The Autonomy of the Economy and the Primacy of Politics

Nieves San Emeterio Martín  
Universidad Rey Juan Carlos  
[nieves.sanemeterio@urjc.es](mailto:nieves.sanemeterio@urjc.es)

DOI: <https://doi.org/10.20318/eunomia.2018.4358>

Desde la primera a la última página del artículo “Neoliberalismo *versus* democracia” de María José Fariñas Dulce se desprende un rechazo tajante al neoliberalismo. El capitalismo neoliberal, según la autora, ha generado trabajo precario, pérdida de los derechos sociales, desigualdad sistémica, privatización de lo público, ha criminalizado la pobreza y generado un sentimiento de aporofobia o rechazo al pobre. Si esto es cierto, entonces, no hay nada más que añadir. No hay defensa posible ante tanta maldad que atenta contra los pilares de nuestra democracia.

Es fácil adscribirse a este discurso y rechazar las ideas neoliberales, fruto de hombres sin corazón. Sin embargo, la ciencia económica hace tiempo que intentó escindir la moral de los hechos. William Petty, a finales del siglo XVII fue uno de los primeros autores en intentar separar el contenido normativo al positivo. En esos momentos, el pensamiento económico no se había emancipado de la filosofía moral y Petty clamaba por buscar una nueva forma de abordarlos. Por ello, pensó en construir una “aritmética política”, utilizar números, pesos y medidas, “dejando aquellas que dependen de las volubles mentes, opiniones, apetitos y pasiones de cada hombre a la consideración de los demás” (Petty, 1690, prefacio).

Desde el punto de vista de la economía lo primero que habría que hacer, entonces, es una definición común para el término de neoliberalismo y desechar de él el componente valorativo. Comúnmente, el término arrastra una carga pesada de oprobios y es utilizado por algunas personas como prácticamente sinónimo de fascismo. Por tanto, decir que el neoliberalismo es contrario a la democracia resulta ser prácticamente un pleonasma. Pero, si evitamos emitir juicios de valor, podemos definir al neoliberalismo como el movimiento ideológico que apoya reducir el papel del Estado únicamente a sus funciones básicas de impartir justicia y defensa y que promueve la mínima intervención pública en asuntos económicos. Si utilizamos esta definición, entonces, podemos comenzar a discutir si es o no compatible el neoliberalismo con la democracia y, en ese punto, puede que convengamos en lo fundamental. Tal vez, M<sup>ra</sup> José Fariñas dé por supuesta esta definición. Si es así, omite una parte argumental del discurso porque, desde el comienzo de su artículo, tacha al neoliberalismo de inmoral. Posiblemente, se trata de una confusión de “órdenes” en

el sentido que da de ellos André Comte-Sponville (2004). Una confusión del orden tecnocientífico, al que pertenece la economía, y el orden de la moral. Para este filósofo, el capitalismo es un sistema “amoral” lo que es totalmente compatible con que los individuos seamos seres morales. Se trata de separar las esferas de actuación para poder razonar con claridad.

Por eso desde la perspectiva económica, el artículo de Fariñas resulta bastante difícil de comprender. En realidad se echa en falta el discurso tecnocientífico; esa parte científica fundamentada en hechos contrastables, cuantificables y exentos de juicios de valor. Una aspiración por la que apostaba William Petty hace ya siglos. Por eso surgen dudas sobre aseveraciones demasiado contundentes que incorpora en su discurso.

Comencemos por la Globalización. Este tema nos llevará a hablar de otro aspecto que se trata en el texto: la desigualdad. Dudo mucho que la Globalización sea una construcción ideológica, como mantiene la autora. Si fuera así también lo sería la Revolución Industrial, la Crisis del Siglo XIV o, exagerando, la Revolución del Neolítico. Es importante separar el mundo de los hechos y el mundo de las ideas porque no tienen obligatoriamente que estar en sincronía. Por ejemplo, hasta el siglo XVII o XVIII no se aceptó el préstamo a interés y, sin embargo, desde que existen registros de préstamos tenemos certeza de que esta usura existía. En el campo que nos ocupa, es similar. Pensemos en las grandes figuras del “neoliberalismo”. Hayek escribió a mediados del siglo XX y Friedman un poco después, en los años 70. Su objetivo no era, por supuesto, apoyar a la globalización porque ni siquiera se sospechaba. Por consiguiente, no creo, como apunta la profesora Fariñas, que la globalización estuviera “prescrita ideológicamente”. No existe una mano “negra” que guiara a los capitales y mercancías a cruzar fronteras; la Globalización se produjo más bien por el influjo de la mano “invisible”, es decir, dando rienda suelta a la acción conjunta de intereses individuales que utilizaron las nuevas tecnologías para traspasar fronteras. Fuerzas similares fueron las que desencadenaron las Revolución Industrial o la Revolución Neolítica. Cosa distinta es que, *a posteriori*, las ideas neoliberales vean en la globalización una contrastación de sus ideas (que no todas) como, por ejemplo, el potencial del mercado para crear crecimiento económico. La ciencia económica funciona así. Como su capacidad de experimentación es mínima, toma los hechos de la historia para corroborar sus teorías<sup>1</sup>. Pero, admitámoslo, una cosa es que el economista compruebe la eficacia del mercado para crear crecimiento apelando a la globalización, y otra muy diferente que deba convertir el capitalismo en moral. No hay duda que para muchos economistas neoliberales el capitalismo es su religión. Para ellos habría que recordar de nuevo a Comte-Sponville para quien “si el mercado se convirtiera en una religión sería la peor de todas, la del becerro de oro. Y la más ridículas de las tiranías, la de la riqueza” (2004, p. 102). No deberíamos confundir órdenes, no es moral ni inmoral, el capitalismo simplemente es amoral.

Otra de las objeciones al neoliberalismo de la profesora Fariñas tiene que ver la desigualdad que genera. De nuevo sería necesario hacer una matización, el neoliberalismo como credo ideológico no crea desigualdad, pero sí se podría decir que el sistema capitalista o la globalización de los mercados crea desigualdad, al menos desigualdad de riqueza. Demos algún dato. Por ejemplo, en China, desde que se convirtiera en un sistema de socialismo de mercado, la desigualdad aumentó hasta 2008 simplemente porque al comienzo del periodo todos eran pobres por igual.

---

<sup>1</sup> El materialismo histórico de Marx es un caso que se pone como ejemplo. En su teoría, Marx apela una y otra vez a la historia para contrastar su teoría. Por eso se piensa que fue el primer autor en realizar una teoría científica de la historia. Más adelante, los trabajos de Douglass North a partir de la década de 1960 recuperan esta forma de construir teoría económica. Véase San Emeterio, 2006, cap.5

Los datos lo avalan, el crecimiento genera desigualdad de riqueza. Así mismo deberíamos recordar que no hay mejor manera de reducir la pobreza que a través del crecimiento. Es decir, en el ámbito político deberíamos escoger entre fines en parte antagónicos: o reducción de la pobreza o desigualdad<sup>2</sup>. ¿Es esta la mistificación neoliberal que justifica la desigualdad como inevitable, como señala la autora? No lo creo. Digamos que el sistema económico tiene sus leyes. El crecimiento genera desigualdad, independientemente “de las volubles mentes, opiniones, apetitos y pasiones” del hombre que lo mantenga, como decía William Petty. ¿Eso significa que debemos renunciar a eliminar la desigualdad como objetivo? Tampoco. En este punto convengo con la profesora Fariñas en la necesidad de llevar a cabo políticas de cohesión social y especialmente preservar esa otra igualdad, la de los derechos. Una aspiración presente en ese otro liberalismo, más sosegado, de los autores clásicos.

Otro aspecto que me gustaría discutir con la profesora Fariñas tiene que ver con el papel de la democracia. Recordemos que ella mantiene que las ideas neoliberales que gobiernan el sistema capitalista actual no son compatibles con los fundamentos de la democracia. Sobre este asunto, Seymour Martin Lipset (1959) planteó la tesis contraria: la llamada teoría de la modernización que define que las sociedades, cuando crecen y se desarrollan, se hacen más civilizadas y tienden a democratizarse. Desde que se publicara el artículo de Lipset su tesis ha sido ampliamente analizada. Se puede decir que, tras varias décadas de investigación, los resultados no son nada concluyentes. La elección de variables y los métodos de estimación utilizados condicionan la robustez de los resultados empíricos<sup>3</sup>. Una conclusión similar arrojan los estudios que analizan la causalidad inversa, esto es, si la democracia es capaz de generar un mayor crecimiento económico que las dictaduras.<sup>4</sup> Por consiguiente se podría decir, como mantiene Przeworski (2008), “que la riqueza, su distribución y las instituciones que reparten recursos y distribuyen rentas son mutuamente interdependientes y evolucionan juntas. Puesto que nunca podemos especificar por completo este proceso, observamos cierta aleatoriedad”. En el ámbito económico, por lo tanto, no podemos afirmar categóricamente que el crecimiento generado por la economía de mercado nos conduzca hacia la democracia, ni que la democracia genere por sí misma ese crecimiento. Tampoco en estos estudios se observa una relación de oposición. Por tanto, ¿es cierto como plantea Fariñas que el sistema capitalista de la libertad de mercado se opone a la democracia? Los estudios empíricos no lo ven así. Con todo, lo que no cabría plantearse es desechar la democracia como objetivo político. Como señala Sen (1999), independientemente de su valor sobre los asuntos económicos, “la democracia constituye un valor universal. Dicho valor incluye su importancia intrínseca para la vida humana, su papel

---

<sup>2</sup> Esta relación entre crecimiento y desigualdad se explica a través de la Curva de Kuznets. Esta curva tiene forma de U invertida de lo cual se desprende que crecimiento y desigualdad se relacionan positivamente en las primeras etapas de crecimiento hasta llegar un punto donde las mejoras en la renta van acompañadas con reducción de la desigualdad (Kuznets, 1955). El trabajo de Kuznets, sin embargo, fue criticado a partir de los años 70 cuando se amplió su contrastación empírica. Generalmente las críticas se han dirigido a la parte decreciente de la curva, es decir, a la parte donde un mayor crecimiento reduce la desigualdad. Un resumen en torno al desarrollo de la hipótesis de Kuznets se encuentra en Lyubimov (2017).

<sup>3</sup> Un estudio exhaustivo sobre el tema puede encontrarse en Wucherpfennig & Deutsch, (2009)

<sup>4</sup> Aunque no existe consenso claro en este sentido, algunos autores han desagregado las variables institucionales que condicionan el crecimiento. Uno de los trabajos más citados en este sentido es el de Acemoglu y Robinson (2012) que establece una relación positiva entre las instituciones inclusivas y el crecimiento económico. En este sentido, Las instituciones económicas inclusivas serían aquellas que ofrecen “seguridad de la propiedad privada, un sistema jurídico imparcial y servicios públicos que proporcionen igualdad de condiciones en los que las personas puedan realizar intercambios y firmar contratos; además de permitir la entrada de nuevas empresas y dejar que cada persona elija la profesión a la que se quiere dedicar.” (Acemoglu y Robinson 2012, cap. 3). No obstante, otros trabajos no lo ven así y consideran que la causalidad entre democracia y crecimiento no es significativa (De Haan y Siermann, 1995; Ali y Crain, 2002) o incluso negativa (Tavares y Wacziarg, 2001)

instrumental como generadora de incentivos políticos y su función constructiva en la formación de valores”.

Y volvemos al comienzo de esta discusión: la distinción de órdenes. El sistema capitalista está sometido a ciertas leyes, leyes que pertenecen al ámbito tecnocientífico (Comte-Sponville, 2004, cap. II). Por encima del él está el orden jurídico-político, al que pertenece la democracia y que restringe la acción del primer orden (por ejemplo, prohibiendo el tráfico de seres humanos o el tráfico de órganos). Por su parte el orden de la moral establece límites, a su vez, al orden jurídico-político. Por consiguiente existen varios planos con una primacía de uno sobre otro. Dentro del primer orden se encuentra el sistema capitalista. Un sistema que se rige - queramos o no- por la búsqueda del interés propio y que ha propiciado que el hombre haya abandonado hace tiempo las cavernas. Este sistema crea crecimiento y también desigualdad. Pero no se opone a la democracia: están en distinto plano. La democracia tiene su propia autonomía y debe velar por el control del primer orden. El ciudadano, a través de sus votos, decidirá qué políticos les representa y qué tipo de política prefiere: la de un Estado mínimo como pretende el pensamiento neoliberal o la de un Estado del bienestar donde se sufraguen los servicios básicos a la ciudadanía. Lejos de mantener la primacía de la economía sobre la política -como creo que sostiene la profesora Fariñas- debería defenderse la autonomía de la economía como ciencia exenta de juicios de valor y sometida al escrutinio de la contrastación. Una forma de ver el mundo, a mi entender, compatible con la primacía de la política sobre los asuntos económicos.

## Bibliografía

- ACEMOGLU, D. y ROBINSON, J. (2012), *Por qué fracasan los países*, Deusto, Barcelona.
- ALI, A. y CRAIN, W. (2002), “Institutional Distortions, Economic Freedom, and Growth”, *Cato Journal*, Vol. 21, No. 3. Invierno: 415-426.
- COMTE-SPONVILLE, A. (2004), *El Capitalismo, ¿es moral?*, Paidós, Barcelona.
- DE HAAN, J. y SIERMANN, C. (1995), “A sensitivity analysis of the impact of democracy on economic growth”, *Empirical Economics*, Vol. 20, No. 2. Junio: 197-215.
- KUZNETS, S. (1955), “Economic growth and income inequality”. *American Economic Review*, 45 (1), 1–28
- LIPSET, S. M. (1959), “Some Social Requisites of Democracy: Economic Development and Political Legitimacy”. *American Political Science Review*. 53 (March): 69-105
- LYUBIMOV, I. (2017). “Income inequality revisited 60 years later: Piketty vs Kuznets”, *Russian Journal of Economics*, Volume 3, Issue 1, 2017, pp. 42-53
- PETTY, W. (1690), *Political Arithmetick*, Marxist Internet Archive. Disponible en: <https://www.marxists.org/reference/subject/economics/petty/index.htm>
- PRZEWORSKI, A. (2008). “La última instancia: ¿Son las instituciones la causa primaria del desarrollo económico?”. En LAVEZZOLO, S. (Coord.), *Los determinantes del desarrollo económico. La causalidad en las ciencias sociales*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 189-222.
- SAN EMETERIO, N. (2006), *Nueva Economía Institucional*, Síntesis, Madrid.
- SEN, A. (1999). “La democracia como valor universal”. Discurso pronunciado en el Congreso por la Democracia celebrado en Nueva Delhi (febrero de 1999). *Journal of Democracy*, Vol.10, No. 3. Julio: 3-17.
- TAVARES, J. y WACZIARG, R. (2001), “How Democracy Affects Growth”, *European Economic Review*, Vol. 45, No. 8. Agosto: 1341-1378.

WUCHERPFENNIG & DEUTSCH, (2009), “Modernization and Democracy: Theories and Evidence Revisited”, *Living Reviews in Democracy*. Disponible en: [https://www.ethz.ch/content/dam/ethz/special-interest/gess/cis/cis-dam/CIS\\_DAM\\_2015/WorkingPapers/Living\\_Reviews\\_Democracy/Wucherpennig%20Deutsch.pdf](https://www.ethz.ch/content/dam/ethz/special-interest/gess/cis/cis-dam/CIS_DAM_2015/WorkingPapers/Living_Reviews_Democracy/Wucherpennig%20Deutsch.pdf)